

instantáneamente á todos los puntos del globo las bendiciones del Padre comun, así como á es te los testimonios de gratitud y efecto de su familia. Pues bien, los Pontífices venideros con la rapidez del rayo transitarán sus decisiones al otro lado del Océano, y comunicarán á todas las Iglesias el mismo acto de fe. Así como antiguamente los fieles del Oriente, debían esperar que transcurrieran seis meses para obtener contestación á las preguntas que á Occidente había dirigido, en la actualidad, en un mismo día puede establecerse el vínculo apostólico entre los dos más remotos confines: en un mismo día la palabra de Dios puede *correr* desde San Pedro de Roma hasta Constantinopla y Nueva York. De esta suerte en manos de la Iglesia, la ciencia contemporánea, fautora ó cómplice por lo ménos, de tantas falsedades, se verá reducida á servir de mensajera á la verdad.

CAPITULO VIII.

DE LA EDAD Á QUE DEBE ALCANZAR LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA.

Su edad en lo pasado debe ser la *série* jamás interrumpida de los apóstoles: su edad en lo por venir debe ser la inmoralidad. Es imposible que una sociedad que reconoce por fundador á Jesus no proceda del mismo Jesucristo; es imposible que una sociedad destinada á conducir á la eternidad las almas, no deba alcanzar la eternidad y como bajel desmantelado deba sumergirse con la tripulación antes de alcanzar el puerto. Hemos visto que no pudiendo ser el cuerpo de la Iglesia la persona continuada de Jesucristo, si existe la más insignificante intermitencia entre su existencia de ayer y su existencia de hoy,

debe referirse á Jesucristo en virtud de una participacion no interrumpida de su sávia: vamos á ver ahora que no siendo más el cuerpo de la Iglesia que el cuerpo místico de Jesucristo, no puede evidentemente perecer, puesto que de Cristo resucitado se ha dicho que no muere.

¿La Iglesia debe alcanzar vida eterna? Semejante pregunta carece de valor para aquel que tenga fô en estas palabras divinas: "Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella: yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Semejante pregunta carece de valor para todo aquel que conoce la economía sobrenatural en virtud de la cual la muerte es la consecuencia del castigo del pecado. Hé ahí ahora una poderosa consideracion que se impone al espíritu. La Iglesia no ha experimentado caída original, de suerte que las glorias de la humanidad en estado de inocencia, fueron las mismas que constituyen las glorias de la casta esposa de Cristo en su pureza inmaculada; y así como la caída de Adán, fué para la humanidad causa de la ignorancia, de la concupiscencia y de la muerte, del mismo modo la Iglesia que se halla libre de toda mancha original, debe estarlo también de la ignorancia por la infalibilidad, del pecado

por la incorruptibilidad y de la muerte por la inmortalidad.

Y sin embargo, á los piés de esta institucion que atraviesa los siglos con una juventud inalterable, existen gusanos miserables que perecen diariamente por centenares de miles, y que pasan su vida anunciándole que se halla próxima á la muerte. Esta monomanía vergonzosa para sôres efimeros, de predecir la muerte de lo que no puede morir, háse convertido en enfermedad endémica de un determinado número de blasfemos. La ley mata algunas veces á esos transgresores en efígie, el ódio mata el objeto de sus execraciones en esperanza. Esto explica porqué la Iglesia que, de todas las cosas del mundo, es la más duradera, sea sin embargo la más expuesta á morir para aquellos que temen que no muera nunca.

Permítanos el lector que nos valgamos de una imágen de sobras trivial; pero que expresa perfectamente el pensamiento: existe una especie de libre pensadores, que se han constituido en rabiosos anunciadores de los próximos funerales de la Iglesia. "Hace dos mil años se ocupan en abrir la fosa que continuamente sirve para ellos y en la cual aquella les entierra. Se nos figura estar contemplando á esos insectos de

las márgenes del Hypanis, que viven un día, y que según sienta Aristóteles, midiendo el universo por su corta duración, anuncianse mutuamente al declinar el sol, que la naturaleza debe acabar al cabo de poco tiempo y que el mundo desaparecerá al cabo de algunos centenares de minutos (1)."

Y no se crea que constituya una novedad de los enemigos contemporáneos de la Iglesia, esta falsa noticia de su próximo fallecimiento. Hace mil cuatrocientos años que S. Agustín los describía valiéndose de los siguientes terminos. Así se expresan: "La Iglesia va á morir y no transcurrirá mucho tiempo sin que cesaparezca completamente: los cristianos desaparecerán porque ha pasado su tiempo: y en tanto que se expresan de esta suerte los veo morir todos los días, y la Iglesia permanece siempre triunfante anunciando la omnipotencia de Dios á todas las generaciones (1)".

Por consiguiente es ya achaque antiguo esto de la sepultura y enterramiento prematuro del catolicismo, por gentes que disfrutan de salud

(1) Noel et Lap. t. I. citado por M. Aug. Nicolás.

(2) Enarr. in Ps. LXX. 12.

tan quebrantada que en manera alguna puede compararse con la que ella goza. Todas las sectas cristianas posteriores al Gnosticismo han hecho la misma predicción. La filosofía ha repetido las fúnebres profecías de las falsas religiones con idéntico resultado y estas y aquellas han obtenido de los acontecimientos y de la apologética tan elocuentes refutaciones, que tanto como tiene hoy de ridículo exclamar: Cristo ha muerto, tanto hay de inútil en responder: "Cristo una vez resucitado no muere."

Sin embargo, debemos reproducir este último testimonio en favor de la Iglesia. Su universalidad en la duración no es ménos decisiva que su extensión en el espacio, porque el tiempo es la prueba suprema de una doctrina. Siendo Dios eterno, cuanta mayor verdad divina contiene una doctrina es tanto más duradera. Por esto el catolicismo que no es únicamente verdad abstracta, sino Dios mismo, unido á un organismo humano, para servir á los hombres de enseñanza perpétua, debe tener la perpetuidad de Dios.

Al recorrer esta página de seguro no habrá un solo lector que no abrigue el deseo de penetrar hasta un lejano porvenir, con el fin de convencerse de que si la Iglesia florecerá todavía,

Imagine dicho lector lo que habian experimentado los Apóstoles cuando morian por la perpetuidad de la Iglesia, fiados en una palabra de su Maestro, si hubiesen podido tener á la vista los diez y ocho siglos de la historia del catolicismo que nosotros podemos contemplar. Por consiguiente nosotros tenemos una prueba más que nuestros padres en apoyo de la inmoralidad de la Iglesia: ellos contaban únicamente con promesas, nosotros tenemos realidades. Examinemos este doble fundamento de la esperanza católica: 1.º Los hechos principales que establecen la vitalidad de la Iglesia en su pasado: 2.º Las principales promesas que le garantizan lo porvenir.

I.

El día en que se consagra un Papa, la Iglesia hace quemar á su presencia un puñado de estopas diciéndole: *Sic transit gloria mundi*. Y en

efecto así es como pasa la gloria de los Pilotos; mas no acontece lo propio con la gloria de la Navaja. Y téngase entendido que estojo es una vana esperanza. De seguro el día en que fue botado al agua, en el cual se dió á los Apóstoles aquella seguridad que expresan las palabras: «Estaré con vosotros hasta el fin,» contaban con la garantía de los milagros de Nuestro Señor: hoy podemos contar con una duración de más de diez y ocho siglos que es el mayor de todos los milagros. Este porvenir que era la prueba de los primeros tiempos constituye nuestra prueba, y nosotros recojamos este testimonio de la divinidad de Cristo, que nuestros padres no pudieron obtener, que realiza ventajosamente en y por su Iglesia, y que jamás adujo en otro tiempo para sí mismo. Ahora bien se ha dicho: para hacer tales promesas es preciso ser profeta; para cumplirlas es indispensable ser Dios. Midamos la autoridad inmensa de este argumento.

¿Hay en la tierra nada más efímero que los Estados y las doctrinas? Los diversos imperios de Asiria han durado unos doscientos años; el de Alejandría la vida de un hombre; el de Roma cuatro siglos y medio. Sócrates es destronado por Platon, Platon por Epicúro. El sensualismo sucede el eclecticismo, á este el panteísmo,

al panteísmo el naturalismo. A los gnósticos suceden los arrianos, á estos los pelagianos, á estos los maniqueos, á estos el protestantismo del cual hablará un día la historia como de un error de tan efimera duracion como lo han tenido los precedentes: no de otra suerte se derrumban las obras del hombre, ora se hayan levantando por medio de los cetros, ora se hayan construido con el concurso de las ideas. Sólo existe una monarquía que sufre, lucha, viaja, derrama su sangre, y á veces ve sus fronteras reducidas, sin que por esto concluya jamás.

Y ménos mal aún si pudiese contar con seducciones al servicio de su propaganda: mas nadie ignora que sus dógmas son misterios pavorosos: su moral, virtudes más pavorosas aún; y en contraposición sólo ofréceles siete pecados capitales. Y se comprendería también si pudiese contar con el apoyo de una espada invencible; mas sus soberanos se llaman ministros de paz que están dispuestos á entregar su cabeza en cuanto hay quien la exija, en términos que en el dilatado período de trescientos años sólo cuatro han fallecido en su lecho. Y se comprendería también si su marcha fuese un triunfo continuado; por ello es que muchas veces solo logra la victoria merced á sus derrotas que la ponen en nuevo

contacto con el principio de su existencia, la humillacion y el martirio. Así se explica el por qué muchos de sus perseguidores le han proporcionado acaso tantos beneficios como el mismo Constantino, porque las persecuciones segun se ha dicho, atacando los fundamentos de la Iglesia, han descubierto la mano que la dirige. Por lo demás nada prueba con mayor elocuencia la inmortalidad de una institucion, que el privilegio de sufrir siempre, sin sucumbir jamás. Si pudiera contar con el recurso de las transacciones cómodas y de las concesiones hábiles; preo ello es que nada indica que su fortaleza consiste en saber doblegarse.

Para convencerse de ello basta con presentar la conmovedora imágen de su destino. Un día Diocleciano mandó llamar á un oficial cristiano de su palacio para exigirle una apostasia, y como no pudiera obtenerla entrególe á los arqueros de la Mauritania que le acerbillaron á flechazos, dejándolo por muerto en el Palatino. Como San Ireneo fuera á recoger sus ensangrentados despojos para darlos religiosa sepultura, apercibióse que en aquel cuerpo latía aún el corazón, y á fuerza de cuidados y de piadosa solicitud consiguió volverlo á la vida. Restablecido completamente, ¿sabeis cuál será el primer uso

que el mártir hará de sus fuerzas? Vedlo, vá á situarse en la escalera del palacio imperial para demostrar al César que si su crueldad no so halla de todo satisfecha, Sebastian cuenta con fuerzas suficientes para empezar de nuevo. Tal fué la vida de ese sublime soldado: tal es la vida de la Iglesia. Hoy se la creé muerta y mañana resucita; en un punto de la tierra se la sacrifica, y en otro va ella misma á solicitar sus verdugos, y cuando le cierra los oídos á las palabras que pronuncia desde la cátedra evangélica, como Pedro de Verona, al espirar escribe con su sangre sobre el polvo de los anfiteatros: Creó.

Y téngase en cuenta que no obstante lo dicho, muchos de sus monasterios han alcanzado una vida tres veces más dilatada que la república romana (1), y si echamos una ojeada sobre esa roca dónde fué colocada como inmortal estilete, viéndola desafiar por encima del polvo levantado por tantas revoluciones, las puertas eternas con una juventud que los golpes no pueden alcanzar, debemos convenir que únicamente una sociedad divina puede tener el privilegio de vivir de un modo distinto y durante mucho tiempo que todas las demás.

(1) Montalembert,

Si una vez resucitado Cristo en su Iglesia, no puede morir. En tiempo de Arrio se dijo que iba á perecer, porque el mundo se encontró hereje sin darse cuenta de ello. Vino el Islamismo á prestar poderoso apoyo á los sofistas, y el Evangelio rechazado en Oriente, no tardó en perder en el Oriente sus primeras conquistas é innumerables obispos, solamente en esa Africa que estaba llena de los recuerdos de San Cipriano y San Agustin. Mas las herejías como los torrentes, braman y pasan. Dios que anonada la generacion en los mónstruos, la limita en los enemigos de su verdad. El arrianismo quedó destruido al cabo de breve tiempo; la media luna debilitada, y al presente la Iglesia de Africa ha visto reverdecer las palmas de su martirio.

La Iglesia fué, se decía en tiempo de los albigenses. Estos restauradores del maniqueísmo, de acuerdo con los infieles, habian vertido en el corazón de los pueblos fanatizados el desprecio y el odio á la autoridad papal. Los Soberanos Pontífices, veníanse escarnecidos dentro de su propio rebaño, por los señores feudales y hasta por los miseros campesinos. Habíanse dado la señal para una formidable sublevacion, el Mediodía en armas hallábase dispuesto á inundar la cristiandad con su errores y á cubrirla de ruinas.

Mas de repente surgen dos milicias espirituales que atacando á la herejía en el terreno de la persuacion, en tanto que los guerreros del Norte la reducian en el terreno de la fuerza, logran levantar poderosos diques contra esa invasion de sangre y de lodo que amenazaba sumergir la Iglesia, y la herencia divina resulta de nuevo milagrosamente salvada.

La Iglesia fué, dijose un siglo y medio despues. El papado llegado á su apogeo, vió levantarse contra su poder una reaccion terrible. Un déspota implacable y cauteloso, servido por los hombres de espada y por los hombres de ley nada escrupulosos, Felipe el Hermoso, dió comienzo á esa revolucion sacrilega. Un francés renovó la innoble injuria de Malcos sobre el rostro augusto del Vicario de Jesucristo. El más valeroso de los Pontífices abofeteado y proscrito, murió loco de dolor y de espanto. El sôlío papal fué trasladado á Aviñon y estalló el gran cisma de Occidente. Los papas de Italia y los de Francia se anatematizaron recíprocamente: la fé de los pueblos y hasta la de los santos se dividió en obediencias distintas: las herejías dan la mano al cisma para desolar las conciencias: la cerrazon era profunda en todos los horizontes de la Iglesia, y el peligro mayor áun, que en la época de

la cruzada contra los albigenses. . . Mas se convoca el Concilio de Constanza, y tomando Dios de nuevo su dominio sobre esos cósos, parece decirle al mundo: Hombres de fé, ¿por qué habeis dudado? En cuanto se han celebrado las primeras sesiones el catolicismo comprende que se ha salvado merced á una intervencion milagrosa, y la Iglesia se ve muy pronto reducida á la unidad bajo el báculo glorioso de Martín V.

La Iglesia fué, se dijo en tiempo de Lutero: la palabra del heresiarca, semejante á un reguero de pólvora, habia brillado con el fulgor del incendio de los Pirineos hasta Islandia y de la Finlandia hasta los Alpes. En cuarenta años habia conquistado las nueve décimas partes de la Alemania, los dos tercios del Austria, y grandes porciones de todos los demás países. Ante semejante espectáculo los ignorantes abandonaron el catolicismo, como se huye del interior del templo que amenaza ruina, y la reforma cantaba como desvanecida bacante sobre las ruinas de la Iglesia desolada por la apostasía: ¡Cayó, cayó al fin esa bellísima Babilonia, cayó al fin! «*Cecidit Babylon, cecidit Babylon!*»; más pronto la Iglesia monta las carabelas de Colón para contestar á los sofismas de Lutero; á fin de indemnizarlo de las pérdidas que en nuestro he

misericordia experimentalara, lleva á cabo la conquista de América, y vuela al centro de la Europa conmovida por la tormenta, puede decirle: Por mi parte ni he desmoralizado los pueblos; ni desvanecido monarquías no menos falsas que la heresia, para hacerme abrir las puertas de los imperios, y no obstante gano mundos en cambio de las provincias que se me arrebatan. Cristianos de poca fé, sabedlo pues, mi verdad cambia de sitio; pero no acaba, no concluye, no muere: mi Cristo viaja: pero es inmortal.

Cierto que la victoria no es completa, ya que el protestantismo afecta aún en ciertos países aires de dominador; mas no hay por qué asustarse; semejante escándalo concluirá. Para que se realice el milagro, para que los pueblos herejes ó cismáticos abjuren sus errores, es indispensable que hayan recorrido hasta sus últimos límites la pendiente del racionalismo. Acontece á los pueblos lo que á los individuos. Los herejes, ya lo hemos dicho, no se convierten porque por lo mismo que creen algo ya que estén fuera de la verdad, no están fuera de la naturaleza; pero el día en que los racionalistas que, sea como quiera, experimentan por consecuencia de su proceder, los dolores que en el sentido de su fé, como acontece con el órgano de la vision,

causa el verse privados del objeto de la misma, vuelven en su acuerdo y se enmiendan, convencidos de que están en rebelion perenne contra sus necesidades y contra Dios. En resolucion, en un plazo más ó ménos largo, y siquiera parezca un sueño de nuestras místicas esperanzas, estoy seguro que se llevará á cabo el acto de la abjuracion de sus errores por la Rusia y la Inglaterra. Por mi parte me apresuro á felicitar con semejante motivo al corazón de nuestra santa madre la Iglesia, y si me atreviera, pediría á Dios que nos hiciera testigos de esa fiesta sublime, para compensarnos de los muchos espectáculos vergonzosos y desconsoladores á que hemos debido asistir.

Por último, tambien se dijo el catolicismo fué en tiempo de la revolucion francesa: medio siglo de no interrumpidas conspiraciones filosóficas habia tramado su muerte. Cuatro constituciones renegaron de él; cuatro asambleas lo declararon reo de lesa Estado, durante diez años de cuántas persecuciones fué perseguido despiadadamente y se derramó su sangre en abundancia; los setembristas danzaron en derredor de su tumba; los sábios de la época dieron fé de haber le visto exhalar el postrer aliento... El día de Pascua de Resurreccion de 1802, llenaba las

ámplias naves de Nuestra Señora de París una inmensa muchedumbre, de la cual formaban parte y entre la misma se distinguían, convencionales que oraban: generales que bajaban la cabeza; veinte obispos que volvían del destierro: sobre un estrado el Primer Consul, nuevo Constantino que se gozaba en la contemplación de su obra: en frente de él la Iglesia Romana representada por su legado que la aprobaba, y por último, en el altar ocupado un día por una meretriz impúdica, Dios expuesto al pueblo por un Pontífice de noventa años. Si el corazón de la Francia se estremeció de placer aquel día, y al recordar sus extravíos avergonzóse y dió pública satisfacción de sus blasfemias, y ánte semejante espectáculo, impíos y creyentes se preguntaban si era sueño ó verdad la resurrección de Cristo.

Verdad, verdad era, porque esa Iglesia llamada por Dryden en una de sus sátiras la Cierva blanca, no puede perecer. La anarquía logró imperar un momento, mas de aquel caos nació un nuevo orden de cosas, tales como nuevas dinastías, nuevas leyes y un renacimiento religioso.

Una leyenda árabe refiere que la gran pirámide fué construida por tres reyes antediluvianos y que es la única de las obras debidas á la mano

del hombre que haya sobrevivido al diluvio. Tal fué entónces la suerte del papado. Vióse en vuelo en las procelosas aguas de aquella inundación; pero no por esto se resistieron en lo más mínimo sus profundos cimientos, y al retirarse las aguas apareció sólo y tranquilo en medio de las ruinas del mundo destruido.

La república de Holanda, el imperio de Alemania, el gran consejo de Venecia, la antigua liga Helvética, la casa de Borbon, los parlamentos y la aristocracia de Francia habian desaparecido; Europa entera llena de creaciones nuevas. Los últimos acontecimientos no habian afectado únicamente las instituciones políticas y los límites territoriales; el espíritu y la composición de las sociedades habian experimentado un cambio profundísimo en toda la Europa católica: sólo la Iglesia inmutable permanecia en pie (1).

No desconocemos que en el día nos hallamos en plena reacción anticatólica; mas ya sabemos lo que duran esos movimientos de la opinión. En vano se ha repetido en todos los tonos que la dinastía de los Vicarios de Jesucristo iba á terminar su reinado; en vano los herejes y los

(1) Macaulay,

impíos de las cuatro partes del mundo se han dado cita en Roma para asistir á la bendición del postrero de los Papas; en vano la revolución, semejante á Talio, ha lanzado su carro para la vía de la maldad, dispuesta á pasar sobre el cuerpo de un Papa augusto: las miradas acostumbradas á las vicisitudes de la historia, leen siempre encima del trono espiritual del papado estas palabras proféticas: Reino que no debe concluir: *cujas regni non erit finis*.

Durante el siglo décimo octavo la influencia de la Iglesia fué siempre en decadencia. La incredulidad se vió representada en todas las cortes de Europa por ministros y enviados poderosos. El papado respetado al presente en medio de sus desgracias, era entonces objeto de inrresión y mofa por parte de los escépticos, de lástima y piedad por los mismos protestantes; y no obstante, añade el historiador antes citado, con todo y ser protestante, en el siglo décimo nono esta Iglesia decaída entra de nuevo de posesion de su poder y su imperio sobre los corazones y sobre los espíritus es mucho mayor que en la época de la Enciclopedia y del diccionario filosófico. En tanto ni la revolución moral del siglo décimo octavo, ni la contra revolución del décimo noveno no han añadido nada absoluta-

mente al poder del protestantismo: durante la primera de dichas épocas tanto cuanto fué perdido para el catolicismo lo fué para el cristianismo; durante la segunda tanto cuanto el catolicismo reconquistó, cedió únicamente en su exclusivo provecho... Con posterioridad al siglo décimo sexto los pueblos han pasado y vuelto á pasar del catolicismo á la incredulidad y de esta al catolicismo; mas ni uno solo se ha hecho protestante.

Hechas las precedentes consideraciones, cumplenos preguntar, ¿no debe verse en el pasado de la Iglesia la garantía de su porvenir? Sin duda alguna, y he de confesar que no concibo que se alarmen respecto del particular los que saben que los pueblos no pueden prescindir de ella, por lo mismo que es la substitucion de Dios al despotismo de los estados en el gobierno de las almas. Por lo que á mi toco y fundado en las precedentes razones creo en sus destinos como en el buen sentido de la humanidad y en la civilizacion. Mas la razon de mis esperanzas se funda principalmente en la contemplacion del cuadro que rápidamente acabamos de trazar. Meditando sobre esa grande historia se siente crecer en el alma el respecto hácia la Iglesia al compás que decrecen muchos otros respetos. Y

cuando el hombre cercano al término de su viaje, ha comprobado que esta fé puede crecer á proporcion de todos sus desencantos, se abandona con inexplicable delicia confiado en la palabra del génio que más sumiso que descorazonado dijo: «Muero el más incrédulo de los hombres; pero el más creyente de los católicos (1).»

II.

Examinemos ahora cuales son las prendas de inmortalidad que posee la Iglesia; examinemos también las promesas que se le han hecho. Las recojo de diferentes puntos del horizonte doctrinal. Recorriendo la inmensa distancia que separa el pensamiento de Jesús del de Voltaire, distingo en el espíritu humano relativamente á la institucion divina cinco etapas perfectamente distintas. La primera se halla marcada por el

(1) Chateaubriand,

testimonio de Jesús; la segunda, por el del génio cristiano; la tercera, por el de los escritores de conciencia; la cuarta, por el del protestantismo; la quinta, por el libre pensamiento. De todos esos centros elevase al par el mismo homenaje respetuoso tributado á la inmortalidad de la Iglesia.

Empecemos por el primero de esos testimonios, la promesa de Jesús. Me dirijo á todos los creyentes que la reciban como infalible, y les suplico que mediten detenidamente es estas palabras que han herido sus oídos á docenas de veces.

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.... Me ha sido concedido todo poder así en el cielo como en la tierra. Como mi Padre me ha enviado á mí, yo os envío á vosotros. Id, pues, enseñad á todos los pueblos y contad que permaneceré constantemente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

¡Qué responsabilidad para el que pronunció tales palabras, y qué garantía para aquellos á quienes iban dirigidas! Responsabilidad, si, pues, que de no haberse realizado, resultaba patente la falsedad del cristianismo. Garantías, por otra parte, porque si en virtud de semejante

promesa Jesucristo se nos ofrecía como prenda de seguridad, el cumplimiento de la misma nos obliga respecto de él hasta la adoración. Y efectivamente, los apóstoles que escucharon de sus labios esa promesa, pronunciada en son de profecía, no asistieron á su realización, y no obstante adoraron; y nosotros que hemos sido testigos del prodigio, siempre subsistentes, de la perpetuidad de la Iglesia, no hemos sido ménos favorecidos que ellos, puesto que, siguiendo la célebre antítesis de San Agustín, no vieron más que la cabeza y creyeron en el cuerpo, en tanto que nosotros por haber podido contemplar el cuerpo creemos en la cabeza.

«Pero lo admirable, lo incomparable, lo realmente divino, añade Pascal, es que la Iglesia que ha subsistido siempre, siempre se ha visto combatida (1).» «Su perpetuidad no se desarrolla en las costumbres estacionarias del Oriente, sino en el seno de la móvil Europa, patria de las revoluciones; en un centro de actividad insana, donde los hombres y los acontecimientos, las ideas y los hechos se entorchocan sin tregua ni reposo, furioso Océano para el cual la sede de la

(1) Pensamientos.

Iglesia ha venido á ser constantemente el cabo de las tormentas.»

«La Iglesia no ha vivido solamente en medio de esta actividad devoradora, sino que ha tomado en ella una parte muy retiva, hallándose constantemente en el lugar de mayor peligro. Hacia ella y contra ella se han dirigido los diversos agentes de este movimiento febril; en su mano ha tenido repetidas veces los negocios del mundo; todos los medios se han juzgado lícitos para combatirla; pero la fuerza, la astucia, la política, el cisma, la herejía, la filosofía, el epigrama, el cadalso, es decir, todas las puertas del infierno que habrían bastado para anonadar todo otro poder, se han estrellado contra ella (1).»

Pasemos al testimonio del géneo cristiano.

«El cristianismo ha sido predicado por ignorantes y creído por sábios, razon que influye para que no se aparezca á nada conocido.

«Además de esto ha salido con bien de todas las pruebas. Se dice que la persecucion es un viento que nutre y propaga la llama del fanatismo. Sea. En este caso tendríamos que Diocleciano favoreció la causa del fanatismo; y por lo

(1) Augusto Nicolás, IV. vol. Estabilidad de Cristo,

mismo deberíamos deducir que la protección y apoyo de Constantino debió ahogarlo; más lo cierto es que no ha sucedido nada de esto. Lo que es cierto, es que ha resistido à todo, à la paz, à la guerra, à los cadalsos, à las humillaciones, à los triunfos, à los puñales, à los halagos, al orgullo, à la pobreza, à la noche tenebrosa de la edad media, à la intensa luz de los siglos de Leon X y de Luis XIV. Un emperador omnipotente y señor de la mayor parte del mundo conocido, agotó contra ella en otro tiempo todos los recursos de su génio; nada omitió para restablecer los dógmas antiguos; entregó al ridículo el culto cristiano; redujo à la pobreza al sacerdocio; difamaciones, cábalas, injusticias, opresion, fuerza y destreza, todo fué inútil; el *Gallio* triunfó de Juliano el filósofo."

"Al presente el experimento se repite con circunstancias todavia más favorables. Nada falta absolutamente de cuanto debe hacerlo decisivo. Si triunfa, el filosofismo puede batir palmas y sentarse sobre una cruz derribada, más en cambio, si el cristianismo sale más vigoroso de esta prueba, si Hércules cristiano levanta al hijo de la tierra y le ahoga entre sus brazos, *patuit Deus...* ah, yo abrigo respecto de ello la más firme esperanza, entónces la Francia será cris-

tiana, la Inglaterra católica, y los pueblos de Europa irán à entonar un *Te Deum* en la basilica de Santa Soffa de Constantinopla (1)."

¿Qué piensan de esto los escritores de una ortodoxia ménos acentuada, siquiera rectos ó imparciales?

"Un hombre de talento y de gran corazón dijo un dia delante de mí (era yo muy jóven todavia.) En el dia no hay en el mundo nada fijo y estable à que pueda adherirse la existencia. Las ideas y los reyes pasan, todo se saca de quicio todo se gasta con rapidez pasmosa, la sociedad cambia diez veces de modo de ser en el período comprendido entre el nacimiento y la muerte de un hombre. En realidad de verdad, en medio de ese movimiento vertiginoso, solo hay una ciudad y un hombre, que por su inmovilidad en el océano del tiempo, ofrecen de nuestra consideracion una imagen de consecuencia y perpetuidad: Roma y el Papa. Encontradme si podéis para aquellos que estan cansados de vagar à merced de todos los vientos, y que piden à la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro para prestarles abrigo, un puerto siempre abierto

to donde amarrar su barca, como no sea ese peñasco más alto que todas las tempestades: ¡'Oma y el Papado!»

«Tales palabras pronunciadas sin intención preconcebida, en una conversacion amistosa, frívola y séria á intervalos, produjeron en mí impresión tan profunda, que jamás se han borrado de mi memoria. En efecto, para nosotros, almas extraviadas en las tinieblas de la duda, ¡no constituye un espectáculo capaz de despertar el sentimiento de la fé, adormecido ó ahogado en nosotros, esta formidable inmutabilidad en la cual el tiempo, la guerra, la tortura, el desprecio, se han estrellado; esa fijeza de un solo punto en medio de todo cuanto pasa; esta luz azotada por el soplo de todas las tempestades, sin que soplo alguno la pueda extinguir?»

«Ignoro quién sea el autor de este ingenioso dicho: nada es tan absurdo como un hecho. Sí, el hecho de la vispera que contradice el hecho del día siguiente.

«Y más aún, si el hecho es de la naturaleza del siguiente: el Apostolado confiado por Jesucristo hace diez y ocho siglos á uno de sus discípulos, háse perpetuado de pontífice en pontífice hasta nuestros días: poder decir esto hoy y tener la seguridad de que lo mismo podrá de-

cirse mañana, es un hecho que significa alguna cosa. Y se considera que desde el día en que fué pronunciada dicha palabra en Judea, la barbárie, el cisma, la reforma, la filosofía, se han abalanzado al par ó sucesivamente á la sede ocupada por el mismo Apóstol, continuado en mil vidas; que Roma, la ciudad eterna de los tiempos modernos, como lo era de los tiempos antiguos, ha sido tomada y vuelta á tomar, ocupada, saqueada y sacudida por cuantos azotes procedentes de Oriente y de Occidente han caído sobre ella; que no hace tres siglos aún, soldados embriagados, conducidos por un renegado, penetraron en ella en nombre de Lutero; que no hace treinta años un emperador, soberano suyo en virtud de la conquista, le enviaba un prefecto, como hacían los de Constantinopla en los primeros tiempos de sus pontífices; ¡oh! en tal caso, la fé, creciendo al compás de la idea, se hace tan inmensa como el dogma, y sea de ello lo que quiera, es menester, lo repito, que este hecho sin par, signifique algo.

«En vano sería que pretendiéramos separar la vista de esta prodigiosa imagen de perpetuidad, los que hemos venido con posterioridad á las mayores peregrinaciones que Roma haya experimentado despues de los siglos de los márti-

res, nos vemos forzados á decirnos; Indudablemente las promesas de los tiempos tendrán su cumplimiento. El sueño de la filosofía consistía en destruir el papado, por lo mismo que comprendía que en él residen la cabeza y el corazón del catolicismo, y que si lograba acabar con él, no podía esperar el cristianismo larga vida; porque el papado y el cristianismo constituyen desde este punto de vista un conjunto tan inseparable, que la reforma solo existe á condición de suscitar y mantener incesantemente el recuerdo de su rebelion, y que su fé, fundada en la desconfianza, no puede encontrar algo de la vitalidad que le falta, como no sea escitándose en el ódio de lo que en su rabia impotente ha llamado el papismo. La duracion del papado constituía, pues, para nuestros padres, la gran cuestion del porvenir. Diez y ocho siglos constituyen indudablemente un período de largo aliento en el curso de los acontecimientos; más, destruido el Papado, ganaría el pleito la filosofía que se proponia demostrar que solo puede subsistir mediante el auxilio de la ignorancia y de la barbárie. Llegó la revolucion, que conociendo perfectamente la consigna, tiró derecha al corazón, y llevó al Pontífice al destierro, donde murió. Más sucedióle otro Papa: la cadena de

perpetuidad no se rompió entónces, como no se habia roto en los peores dias del catolicismo. Entre tanto la filosofía habia pasado de moda, y los destructores duermen en el pasado al lado de Lutero; la Enciclopedia, la República y el Imperio, Roma continúa en pié, y en este centro de la cristiandad desgarrado por los ataques de la incredulidad y de la indiferencia existe un Pontífice, como existia uno tambien en los tiempos de Neron, cuando el cristianismo naciente se veía desgarrado en el circo por las bestias feroces."

"En torno de esta milagrosa continuidad, la Europa ha cambiado tres veces en su modo de ser: la antigüedad se ha extinguido; la edad media ha muerto: han surgido y han desaparecido completamente los imperios de Carlomagno, Cárlo, V y Napoleon; han deslumbrado al mundo con sus fulgores, pueblos que ya no existen; descubrióse un nuevo mundo cuyo dominio se repartió entre el poder temporal y el espiritual y solo este conserva su parte. Todo ha pasado, ideas, pueblos é imperios; solo el Papa ha permanecido. Hay algo en este hecho, no nos cansaremos de repetirlo, que vale bien la pena de que reflexionemos un poco.

"Más vivimos en una época en la cual se ha

inventado, para uso de los partidos, una lógica hábil que sabe negar la evidencia. Los odios antiguos contra Roma no han muerto en nuestros corazones revolucionarios. Los padres creyeron renegar el mundo, y los hijos, que aceptaron sin exámen esta creencia, no pueden acostumbrarse á la idea de que el Papado, desde su altura inexpugnable, haya contemplado con una mirada llena de tierna conmiseración y con una seguridad completa en las promesas divinas, nuestras tremendas luchas, nuestras poderosas rebeliones, los incendios producidos en todos los ángulos de la tierra, la sangre derramada á mares, el estrépito de los tronos derribados y de los monarcas destruidos, capaz de poner espanto en el corazón más fuerte, de la misma manera que el anciano marino avezado al fragor de las tormentas, contempla desde la playa la lucha de los elementos, seguro como está, por las señales que en el firmamento ha contemplado, de que al otro día, habrá concluido completamente todo ese espantoso fragor, y que en el Océano desbordado volverá á sus profundos abismos (1)."

(1) Eugenio Robín.

¡Qué fuerza, en apoyo de la misma verdad, en este magnífico testimonio del protestantismo, producido por el más grande historiador de Inglaterra!

"No existe, dice, ni ha existido jamás sobre la tierra obra alguna de la política humana más digna de exámen y de estudio que la Iglesia católica Romana. La historia de esta Iglesia enlaza las dos grandes épocas de la civilización. Ni una sola de las instituciones hoy día existentes puede remontar su origen á aquellos tiempos en que se escapaba del Panteón el humo de los sacrificios, y los tigres y los leopardos saltaban en el anfiteatro flavio. Las casas reales de más elevada alcurnia cuentan solo un día de existencia cuando se les compara con esa serie de Soberanos Pontífices que, por sucesión nunca interrumpida, remonta desde el Papa que en el siglo XIX ha consagrado á Napoleón, hasta el que en el VIII consagró á Pepino; más allá de éste, la augusta dinastía apostólica va á perderse en la noche de los tiempos fabulosos. La república de Venecia que venía en pos del Papado, era por demás moderna en materia de antigüedad, comparada con aquel. Y sin embargo, la república de Venecia ha desaparecido y el Papado subsiste, no en estado de decadencia, no

como ruina, sino lleno de vida y de vigorosa juventud.

«La Iglesia católica envía aún hasta el extremo del mundo misioneros tan celosos como los que desembarcaron en el condado de Ken con Agustín, misioneros que tienen el valor necesario para hablar á los reyes enemigos con la misma decisión que inspiró al Papa Leon X la presencia de Átila. El número de esos hijos predilectos es al presente más considerable que en ninguno de los siglos anteriores. Las conquistas en el Nuevo Mundo han compensado con creces lo que en el antiguo ha perdido. Su supremacía espiritual se extiende sobre las vastas comarcas situadas entre las llanuras del Missonri y el Cabo de Hornos, comarcas que, ántes del transcurso de un siglo, contarán probablemente una población igual á la de Europa.»

«Los miembros de su comunión pueden, sin dificultad alguna, evaluarse en ciento cincuenta millones, y es cosa facilísima demostrar, que todas las demás sectas reunidas no alcanzan la cifra de ciento veinte millones (1). Nada hay que

(1) La cifra de la población católica varía según las estadísticas; mas todas convienen en reconocer la superioridad numérica en favor del catolicismo, superioridad numérica que sirve de fundamento á algunas de nuestras pruebas.

indique la próxima terminación de esta larga soberanía, que ha presenciado el comienzo de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen al presente, y no nos atreveríamos á decir que no está destinada á presenciar su fin. Era grande y respetada ántes de que los Sajones pusieran su planta sobre el suelo de la Gran Bretaña; ántes de que los Francos hubiesen atravesado el Rhin; cuando la elocuencia griega floreciera aún en Antioquia; cuando en el templo de la Meca, prestábase todavía culto á los ídolos. Y podrá ser grande aún, y tanto como grande respetada, cuando algún viajero, procedente de la Nueva Zelanda, se detenga en medio de una vasta soledad, para dibujar las ruinas de San Pablo, apoyado contra alguno de los rotumbados arcos del puente de Londres.»

Finalmente, véase el testimonio del libre pensamiento representado por su patriarca.

«El judaismo, ha dicho, el sabeismo, la religión de Zoroastro, yacen en el polvo; el culto de Tyro y de Cartago ha caído con estas ciudades importantes. La religión de los Milcíades y de los Pericles, la de Paulo Emilio y de Catón, no existen: la de Odin ha dejado de ser; hasta la misma lengua de Oasiris, convertida en len-

gna de los Ptolomeos ha desaparecido de la memoria de sus descendientes: el deísmo puro jamás existió. Solo el cristianismo se ha mantenido en pié en medio de tantas vicisitudes, y no obstante el fracaso de tantas ruinas, inmutable como el Dios que fué su autor.

«La verdad subsiste eternamente, y los fantasmas de la opinion pasan como sueños de imaginaciones calenturientas.

«La religion subsiste hace seis mil años, según confesion unánime, en tanto que las sectas son de ayer. Por consiguiente me veo obligado á creer y admirar (1).»

Llegados á este punto de nuestra larga tarea, juzgamos haber llenado el precepto del Apóstol. «Estad prontos á satisfacer á aquellos que os preguntasen por la razon de vuestra esperanza (2). Y toda vez que nos hallamos delante del verdadero tabernáculo de la fé cristiana, y que sus puertas acaban de abrirse de par en par á

(1) Voltaire, citado en la *razon del cristianismo*, palabra *Acena Confesion*.

(2) S. Pedro, m. 14.

nuestra presencia, detengámonos un instante ántes de atravesar el dintel y besemos la tierra que pisamos puesto que es santa y digamos á la vista de esos sagrados atrios: «Santa Iglesia Romana, madre de las Iglesias y madre de todos los fieles, Iglesia escogida de Dios para unir á sus hijos en la misma fé, en la misma esperanza y en la misma caridad, desde el fondo de nuestros corazones trabajaremos constantemente para el sosten de tu unidad. Si te olvido, oh Santa Iglesia Romana, permite que de mí mismo llegue á olvidarme: que mi lengua se seque y quede inmóvil en mi boca, si no eres tú eternamente la primera en mi recuerdo, y si no te nombro la primera en todos mis cánticos de regocijo y alabanza (3).

De esta suerte conduce á la verdadera Iglesia un estudio atento y detenido de las religiones, é introduce en la verdadera Iglesia un examen comparativo de las Iglesias. Ninguno de los que nos han seguido en esta larga peregrinacion, tiene más motivos para resistir á esta verdad que para aceptarla, más si vacila aún,

(3) Bossuet, *Sermon sobre la Unidad*.

dígnese acompañarnos durante el tránsito en el camino que en la segunda parte debemos recorrer, y probablemente se confesará vencido.

CONCLUSION.

Un cristiano ilustre de grata y melancólica memoria, que recibió la confianza de los tormentos íntimos, experimentados por un amigo suyo escéptico, escribióle, á fin de proporcionar remedio á sus males, la siguiente preciosísima carta que reproducimos como resumen fiel de nuestro libro, y acabamiento elocuente de nuestro propio pensamiento.

“Mi estimado amigo: las dificultades de la religión son como las de la ciencia; constantemente se van ofreciendo algunas nuevas. Mucho alcanza quien logra esclarecer unas pocas; para darse cuenta de todas no hay vida humana que baste. Para resolver todas las cuestiones que pueden suscitarse respecto de la Sagrada Escritura, sería indispensable conocer á fondo las len-